

ENTRE LA TIERRA Y EL OLIMPO

© del texto: M^a José López Capote

© maquetación y diseño: Punto Rojo Libros, S.L.

© portada: Stefano Giuliani.

© de esta edición:

Punto Rojo Libros, S. L., 2016

Cuesta del Rosario, 8

Sevilla, 41004

Teléfono: 911.413.306

WhatsApp: 622.843.306

info@puntorolibros.com

www.puntorolibros.com



Impreso en España • Unión Europea

Primera edición: Febrero 2017

ISBN: 9788417049430

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

M.J. LÓPEZ

ENTRE LA TIERRA Y EL OLIMPO

PUNTO ROJO
libros

INTRODUCCIÓN A LA NOVELA

Detallando que este es un relato de ficción, la historia está basada en una leyenda mitológica de la cual hay diferentes versiones. Esta obra es una interpretación distinta a todas ellas, en la que se mantienen datos conocidos por las fuentes pero también en la que existen personajes y datos históricos, geográficos y mitológicos tanto modificados como creados con el fin de dar continuidad a la historia de amor del relato, principal tema protagonista. Encontraréis en esta obra una nueva versión sobre Ariadna, princesa de Creta, una interpretación a modo de diario personal, cargado de amor, el sentimiento universal que, como sucedía ayer y sucede hoy, cambia el destino de los seres humanos.

«Aunque haya en la vida muchas razones por las que se pueda ser feliz, el amor es la que nos hace ver nuestra historia con dulzura y la que hace crecer nuestro corazón para hacerlo fuerte ante tempestades».

M.J. López.

PRÓLOGO

Siempre había soñado con un amor que me dejara sin aliento, un amor del que inevitablemente dependiera, porque su rostro y su corazón me ataran a él, porque sus besos fueran mi alimento, porque sus ojos brillaran por mí y los míos por él por el mismo motivo y de la misma forma. Debía comprender que un amor así no estaba al alcance de un mortal, incluso pensaba que ni los dioses, perfectos y contradictorios, podían conseguir esa clase de amor... Pero, por otra parte... ¿si yo presentía que sí era posible esa pasión, por qué no iban a sentirlo los demás? ¿Todo iba a tratarse de compromisos y conveniencias? Yo no me consideraba alguien especial, sin embargo, amaba algo irreal, ideal, inalcanzable... Quería un final feliz para mí, un tipo de desenlace y una historia de la que nunca se hubiera oído hablar ni se hubiera escrito; de esas que quedan grabadas en los corazones a pesar del devenir de los años. Aun sintiendo esta emoción, tenía que pensar que ese era un sentimiento con el que solo podía fantasear, y que yo tendría una vida tranquila y normal como cualquier princesa, en la que mi mayor ilusión debía basarse en tener una vida acomodada y llena de riquezas vacías, de palacios de frío mármol, de relaciones con el mismo tipo de personas —superficiales y ambiciosas—, relaciones convenientes para mí pero con las que no podría disfrutar, obligada a sobrevivir a una unión acordada... Mi mayor ilusión debía basarse en vivir una existencia ya programada, sin aventuras... Una vida así no merecería la pena contarla. Quizás, la mía no ha sido como debió ser según las normas, y puede que jamás hubierais tenido conciencia sobre lo que vais a leer en las próximas líneas

si no es porque yo no lo hubiera relatado, aunque quedaran escritos relatos sobre mí desde la Antigüedad. Ahora sé que hay que tener cuidado con lo que se desea, pues puede cumplirse de una manera fulminante, más allá de lo que siempre imaginaste, y aunque sepas que puedes hallar peligros en el camino, tus ojos ciegos no te permiten rendirte y abandonar. Yo, en mi caso, y en mi vida, nunca me rendí.

CAPÍTULO 1



UN ENCUENTRO EN LA OSCURIDAD

—¡Ariadna!, ¡Ariadna! —me llamó desde lo lejos mi madre, Pasifae, reina de Creta. Yo me había internado casi al atardecer en el bosquecillo cerca de palacio con mi amiga Briseida, con el fin de, según nosotras, niñas en ese tiempo de unos ocho años, hablar con los árboles, cazar mariposas, y buscar pequeñas dríadas.

—Sabes que a tu padre no le gusta que te acuestes tarde, ¡Ariadna!

—¡Madre ya voy! ¡Lo siento! —le gritaba entrecortadamente mientras corría en su busca.

La reina de Creta iba acompañada por su hermana Circe, mi tía más querida, una maga conocida en la Antigüedad, quien le dijo a mi madre que su hija tendría un futuro complicado, así que Pasifae me intentaba cuidar de la mejor manera posible. Ambas nos esperaban en una gran piedra gris a la entrada de la foresta.

Al instante, mi madre vio cómo mi amiga Briseida y yo veníamos agarradas de la mano corriendo entre los arbustos, dejando la espesura oscura a nuestras espaldas. Éramos amigas desde una edad temprana, ya que el rey Minos, mi padre, tenía muy buenas relaciones de amistad con el padre de Briseida, un hombre conocido de la aristocracia cretense. Pasaba más tiempo

con Briseida y la quería más que a mis propios hermanos, aunque a ellos también les tenía aprecio, pero sobre todo, respeto. Briseida me resultaba más divertida, mi hermana y mi hermano, eran más serios y responsables a mi parecer. Ellos cumplían las reglas, yo no. Yo era la más rebelde de los príncipes de Creta. Por lo que me contaban, influenciaba en este comportamiento revolucionario a mi amiga Briseida.

—Madre, hoy hemos visto a siete pequeñas diosas, y casi pude acariciarlas —me apresuré a decir sin aliento a mi madre tras darle un beso y un abrazo.

—Sí, mi reina, han cantado y bailado, ¡las hemos visto! Circe, existen, ¡existen! —añadía Briseida.

—¿Es eso verdad? ¿Y eran muy bellas? ¡Ay, qué niñas! ¡Pequeñas diosas por aquí! ¡Qué imaginación tenéis! —sonreía mi madre tomándome la mano. Circe cogió en brazos a Briseida, por quien sentía un profundo cariño.

Hasta que llegamos a palacio no paramos de contar historias, danzar y cantar, tras nuestras diversiones diarias en el bosque a la caída del sol. Lo recuerdo con tanta nostalgia que se me ponen los pelos de punta, aún percibo el olor de la hierba mojada al caer la tarde en el bosque, recuerdo nuestros vestiditos manchados de verdín por sentarnos en las piedras cubiertas de musgo, y de lo fría que estaba el agua del lago cuando, tras tener las manos sucias por la tierra y las plantas —en las cuales según nosotras investigábamos pequeños insectos—, nos las enjuagábamos. Anhele el aroma de mi madre cuando me abría sus brazos al verme para que yo me lanzara sobre ella, y ensuciada yo por los juegos o no, me acurrucaba en su regazo.

En uno de los atardeceres en los que fuimos al bosque mi amiguita y yo, tras adentrarnos en él, me extravié. Briseida me

había quitado una de las flores que yo había cogido, la más bonita de todas, y echó a correr. La perseguí durante un rato, pero tras pasar unos arbustos, y con la oscuridad que reinaba ya en el lugar, tropecé con una piedra que no había visto y caí al suelo. Aún tirada sobre la tierra húmeda del bosque y notando todas las piedrecitas diminutas clavadas en mi menudo y débil cuerpecito, sentí unos pasos... Pensando que era mi amiga, me apresuré a decir:

—Briseida... ayúdame. —Reí algo dolorida.

—¿Te has hecho daño? —me dijo de pronto una dulce voz de niño.

Levanté la vista y vi cómo un joven, de gran belleza, me tendía su mano para levantarme. Sin pensarlo y sin tener en cuenta las advertencias de mi madre de que no debía fiarme de desconocidos, le tomé fuertemente al chico su mano y, con poco esfuerzo, me levantó.

—Sí, bueno, me he hecho daño en las rodillas —contesté sin dejar de mirarle a los ojos algo estupefacta, pues guardaba en su mirada un encanto mágico que me sobrecogió.

—Yo te ayudaré si te sientes mal —me dijo el niño sonriendo.

Sentí una seguridad y un alivio inmenso, una paz interior extraña. Tal vez fue porque, al estar sola ante tanta oscuridad, en la que solo podía percibir los sonidos escalofriantes de los insectos del bosque, él me hizo sentir acompañada. Nunca había perdido de vista a Briseida.

—Estoy bien... gracias —le sonreí.

Pensé, como cualquier niña pensaría, que había encontrado a un nuevo amigo en aquel lugar. Además, me fijé en que su capa

morada tenía bordados florales de oro, así que pertenecía a la alta sociedad y mi padre no podría prohibirme jugar con él.

Nos quedamos mirándonos durante unos segundos, el silencio y la penumbra encerraban un gran misterio esa tarde, que ya se había tornado en casi noche. Iba a preguntarle si se venía a jugar con mi amiga Briseida y conmigo, pero, al momento, una voz grave alarmó al joven de que debía regresar. Ambos nos sobresaltamos. El niño, horrorizado, sin despedirse, soltó mi mano y empezó a caminar hacia atrás sin dejar de contemplarme, con ojos tristes. Al toparse con un árbol, se dio media vuelta y corrió en busca de la voz. Fui tras él y me escondí detrás de un árbol algo asustada por aquel torrente de voz que había interrumpido nuestra conversación. Pude ver cómo aquel jovencito que me tendió su mano, dio la suya a un hombre que, para mí, pequeña que era, resultaba gigante, fuerte, y con barbas blancas y pelo canoso. Su nariz era muy ancha, como su boca, de labios finos y perfilados, y sus ojos, eran pequeños y profundos. Tenía que ser extranjero, o por lo menos no era ciudadano de Cnosos, porque sus ropajes no eran los mismos que los que usábamos nosotros, aunque también eran sofisticados. El hombre enorme le dijo que no podían verles y que nunca se separara de él, que tuviera cuidado, y antes de que yo pudiera perderles de vista, el niño volvió a mirarme. Pero al instante, ambos desaparecieron entre los árboles. Tras quedarme un poco dudosa por lo que había visto, salí en busca de mi amiga, que me estaba esperando en nuestro habitual punto de encuentro, la piedra gris a la entrada del bosque. No le conté nada, no supe en ese momento por qué, pero sentía que debía guardar silencio sobre el encuentro con ese niño, tal vez por lo que le dijo el hombretón acerca de que nadie podía verles. Me llevé varios días algo afligida pensando que ellos podrían ser extranjeros que querían atacar Cno-

sos y yo me lo estaba callando. Menos mal que pasó el tiempo y se me quitó la idea de la cabeza; además, nadie atacó Cnosos en esos años.

Yo era la princesita de Creta, adorada por todos, sobre todo por mis hermanos, me querían con locura y me protegían. No jugaban mucho conmigo, con esa edad no lo entendía, pero ahora comprendo que no lo hacían por las responsabilidades que tenían en palacio y fuera de él. Creta en esos años era una isla bella y espaciosa donde reinaba la armonía y el amor, las gentes vivían felices, y se admiraba a un rey, al gran rey Minos, que vivía en el conocido palacio de mármol de Cnosos, con sus columnas rojizas y sus pinturas de delfines y toros. Sus frescos, llenos de color, eran maravillosos. Reinaba una época de esplendor: los cretenses comerciábamos por todo el Mediterráneo y exportábamos cerámica, tejidos, objetos de bronce y orfebrería, teniendo también un gran imperio marítimo. Todo esto lo aprendía de mis pedagogos y filósofos durante las mañanas, porque yo, en realidad, no me daba cuenta de muchos de estos sucesos. Aun así siempre he sido muy curiosa y he aprendido mucho por mí misma, preguntando a los orfebres, a los marineros, pastores... Mi padre se encargaba de contarnos “lo justo y necesario” acerca de la política y los cambios que llevaba a cabo para con Creta.

Solía, tras jugar con mi amiga Briseida en el bosque, llegar a palacio y junto a mi madre recorrer los propileos de la parte Norte-Oeste, decorados con escenas de la tauromaquia. Entrábamos en el corredor de las procesiones, que era un gran pasillo que tenía dos salidas, una llevaba hacia el Propileo Sur a través de una gran escalinata y la otra, siguiendo el pasillo después de

que este hiciera un quiebro, desembocaba en el Gran Patio Central. Había hermosos frescos decorando las paredes, con hombres y mujeres que portaban grandes vasos para rituales y otras ofrendas, en procesión dirigiéndose hacia una figura femenina, la diosa de las Serpientes, la cual adorábamos antes que a ninguna otra deidad. Madre e hija, tomábamos la dirección hacia el Gran Patio Central y nos dirigíamos hacia el santuario de palacio, llamado “Santuario de la diosa de las Serpientes” o “Santuario tripartito”, muy cerca del Salón del Trono. A mi madre le encantaba llevarme a mostrar ofrendas a la diosa, yo iba a los alrededores de palacio y al bosque a por flores para llevárselas por la noche.

Antes de acceder al poder, mi padre Minos, hijo de Zeus y de Europa, pidió al dios Poseidón ayuda para suceder a su padre Asterio como rey, ya que competía con sus hermanos Radamanthis y Sarpedón para conseguir el trono. Poseidón aceptó su petición e hizo salir de los mares a un hermoso toro blanco que Minos prometió sacrificar en el nombre del dios. Pero esto nunca sucedió. Minos admiraba la belleza y destreza del toro blanco y lo ocultó entre su rebaño, sacrificando al toro más débil de su posesión en sustitución al toro blanco. Sin embargo, Minos no se percató del poder que tienen los dioses, que pueden enterarse de todo, e inevitablemente Poseidón descubrió el cambio del toro. Airado, se vengó del rey de Creta produciéndole a Pasifae, su esposa y mi madre, un incontrolable deseo por el animal. La armonía del lugar se eclipsó cuando la reina Pasifae fue seducida por el toro blanco, que la dejó embarazada de uno de los monstruos más terribles, del minotauro, ser mitad hombre mitad toro. Ante los consejos del Oráculo, Minos mandó a Dédalo construir un laberinto en el subsuelo de palacio para encerrar al minotauro, al que debía dejar con vida.

Esto es lo que siempre se ha contado y se ha sabido. Yo desconocía esta historia del minotauro hasta que cumplí los diecisiete años, cuando, tras escabullirme antes de las lecciones de mis maestros, me dispuse a salir a recoger algunas uvas, y me sorprendió ver llegar a palacio a un grupo de jóvenes llorando y abrazados los unos a los otros. Fui a preguntar a mi madre por qué esas personas estaban así, personas desconocidas para mí hasta en sus ropajes, y mi madre tuvo que contarme que eran atenienses que serían llevados al laberinto como alimento del minotauro. Tras relatarme la historia conocida de cómo llegó ese monstruo a palacio, también me informó sobre la rivalidad de Atenas contra Creta. Ambas ciudades entraron en una guerra provocada por mi padre. Mi hermano Androgeo murió a raíz de su participación y victoria en los juegos panatenienses en Atenas: tras la victoria de mi hermano en dichos juegos, el rey de Atenas, Egeo, le retó a luchar en unas batallas, en una de las cuales murió. Toda la familia quedó destrozada pero nadie tenía ánimos para enfrentarse a nadie ni buscar más problemas, solo mi padre. El rey Minos le declaró la guerra a Atenas y la ganó. El tributo que mi padre impondría a Atenas sería nada más y nada menos que obtener siete muchachas y siete muchachos atenienses cada año que sirvieran de alimento al minotauro.

Tras lo narrado por mi madre, quedé contrariada y espantada tras pensar en el tipo de tributo que mi padre reclamaba a Atenas y, a partir de ese momento, empecé a odiar a Minos hasta que mi relación con él se enfrió demasiado. Yo nunca había simpatizado con él, me parecía un hombre antipático, déspota y que no cumplía la función de padre. Hablábamos de vez en cuando, pero a partir de saber el daño que había hecho en la guerra contra Atenas y el daño que le estaba haciendo al pueblo ateniense y a los jóvenes que de allí llegaban para ser asesinados

por el minotauro, solo nos saludábamos en el almuerzo y en la cena. En realidad, mis hermanos nunca mantuvieron una conversación larga con mi padre, pues este era un poco cruel, y a partir de la muerte de mi hermano, lo fue más: aparte de dar como alimento al minotauro a esos jóvenes atenienses, también castigaría a los delincuentes de Cnosos dejándoles a su suerte dentro del laberinto. Así quiso vengar mi padre la muerte de mi hermano. Pero el miedo y terror que padecían los prisioneros atenienses y los delincuentes cretenses podrían terminar con la llegada del héroe Teseo, hijo de Egeo, que cambiaría, junto a otra llegada que aún no desvelaré, mi aparatoso e impredecible destino.

CAPÍTULO 2



VERDADES Y NUEVOS SENTIMIENTOS

—¡Ariadna!, ¡Ariadna! —me llamó mi madre, ahora contando yo los dieciocho años, aunque igual de alegre y divertida que cuando era niña. Me había internado en el bosque con mi amiga Briseida de nuevo con el fin de, según nosotras, hablar con los árboles, cazar mariposas y ya por las noches, luciérnagas.

—Sabes que a tu padre le gusta que estemos todos juntos en la cena, ¡Ariadna!

—¡Madre ya voy! ¡Lo siento! —grité desde lejos.

Veníamos corriendo desde el bosque como ninfas, jóvenes y risueñas. Yo portaba mi ramito de flores para llevárselo a la Diosa de las Serpientes y Briseida llevaba una corona de flores que había elaborado ella misma aquella tarde. Mi madre se encontraba con su hermana Circe, pude ver de lejos cómo conversaban.

«—Pienso que es hora de que Ariadna lo sepa, Pasifae —le dijo Circe muy seria a su hermana.

—No creo que mi niña tenga necesidad de saberlo, quiero que sea feliz, sin preocupaciones —reflexionó Pasifae sacudiendo negativamente la cabeza.

—¿No te das cuenta de que ya son mujeres y que se dan cuenta de todo? Briseida ya está enamorada y tu hija puede ser

la siguiente que caiga en las redes de Afrodita, lo sabes. —Circe levantó con su mano el rostro a su hermana, quien permanecía cabizbaja, inmersa en miles de pensamientos.

—Has augurado que Teseo vendrá a vengarse del dolor que está sufriendo su pueblo, Circe; y también has augurado que mi hija se enamorará, si lo hace de Teseo puede que se establezcan acuerdos de paz entre Creta y Atenas y mi hija puede que sea feliz. Teseo es un buen joven. Si mi niña puede ser feliz sin conocer las desgracias ajenas, no diré nada.

—Tú sabes mejor que nadie que no solo los mortales nos rodean Pasifae, y se trata de tu hija; algún día puede que se tope con alguno de ellos. Debes prevenirle».

Briseida y yo llegamos hasta ellas. Esta vez no nos esperaban con los brazos abiertos como hacían cuando éramos pequeñas, y como hicieron hasta la semana anterior a esa, claro que no con el mismo entusiasmo que cuando éramos unas niñas, ya éramos todas unas mujercitas. Tenían una expresión neutral en sus rostros. Vi a mi madre apenada con la mirada perdida en la tierra, y alcancé a escuchar que Circe le decía: «se trata de tu hija, debes prevenirle», por lo que decidí intervenir.

—¿Prevenirme de qué, madre? —Fruncí el ceño preocupada, sorprendiendo a mi madre y a mi tía. Ambas quedaron en silencio, y a continuación mi madre habló:

—Con la edad que tenéis debéis saber varias cosas, aunque os educarais para sacerdotisas de Ilitia, diosa del alumbramiento, no creo que pudierais saber todo lo que realmente es y no es en este mundo, todo lo que debéis saber acerca de los dioses, niñas —comenzó a decir mi madre.

Pasifae mandó alejarse a los guardias de palacio que las escoltaban. Briseida y yo nos miramos algo extrañadas y nos sentamos delante de mi madre y de Circe para escuchar a la reina. Hablaron largo y tendido sobre el amor, sobre las relaciones de amor más conocidas de Creta y Grecia, pasamos un buen rato entre risas. Mi preocupación por el cambio de actitud de mi madre se había disipado. Briseida habló de su amante, Hémaco, el hijo de uno de los administradores de palacio, ella estaba muy enamorada e ilusionada y yo me alegraba por ella. Mi madre, Circe y mi amiga me preguntaron si había sentido algo por algún joven del lugar, si me había fijado en alguien. Sonreí y dije que no, disfrazando con una sonrisa mi pena de no saber qué era el amor. Dije que solo me parecía agradable uno de los muchachos que trabajaban en los viñedos, pero que solo lo conocía de vista. Le vi por primera vez días atrás. Briseida se sintió algo decepcionada porque yo no le había contado nada pero le dije que no lo hice porque no quería darle importancia. En realidad nunca nos habíamos dirigido la palabra el chico y yo, ni sabía su nombre. Tras unas risas y momentos de confidencias, mi madre cambió el rostro y anunció que debía contarnos algo muy importante, algo que no podía ser contado a nadie más. Algo emocionada, Pasifae comenzó a hablar, y yo volví a preocuparme de nuevo:

—Niñas... Hija mía, quiero contarte una cosa que no te había contado antes para no preocuparte. Debo preveniros a las dos de los peligros que a vuestro alrededor os podéis encontrar. Ya sabéis que los dioses nos rodean, que hay que venerarlos y hay que temerles, que nuestra voluntad está a su cargo, y que nuestras acciones anteriormente las han meditado ellos. Eso lo sabéis, aunque no siempre es así. Lo que no conocéis es que nos rodean más de lo que pensáis, están más cerca de nosotros de lo

que creéis, y tenéis que tener mucho cuidado, debéis respetarles mucho. —Una lágrima acarició lentamente el bello pómulos de mi madre y descendió por su rostro.

—Madre, ¿qué te pasa? ¿Por qué nos cuentas estas cosas? ¿Es por lo que te hizo Poseidón, madre? —alcé el tono de voz, me extrañó y asustó mucho su actitud.

—Ariadna, sé que sabes mi historia aunque nunca hayamos hablado sobre ello. Ya sabes lo del monstruo y el laberinto. Niñas, debo contaros la verdad. Poseidón no hizo salir a un toro blanco del mar para que me enamorara de él, serle infiel a nuestro rey, y así el dios poder vengarse de Minos. Zeus, el padre de todos los dioses, el más grande y poderoso, se enamoró de mí tiempo atrás. —Mi rostro, como podréis imaginar, se cubrió de una ligera y extraña capa de sorpresa—. Poseidón hizo salir del mar al toro blanco, pero no era un toro blanco, era Zeus metamorfoseado en un toro blanco, bello, mágico... que cuando llegó a tierra tomó su forma original, era una forma casi humana, solo que algo más alto que los demás mortales, era un dios, era Zeus. Una vez, me dirigí al rebaño de palacio a echar un vistazo y me sorprendió. Yo no sabía quién era, pero él sí sabía muy bien quién era yo. Tu padre, Ariadna, no estaba enamorado de mí, y Zeus me demostró tanto amor que no pude negarle el mío. Me enamoré de él ciegamente. Bajaba en varias ocasiones a la Tierra a verme, nos veíamos a escondidas, y un día, no volví a verle más. —Mi madre tuvo que parar la narración sobrecogida de la emoción.

—Madre... —susurré apenada. Me levanté y la abracé con fuerza—. ¿Qué pasó?

—Un día, nadando en el mar, Hermes, dios mensajero de los dioses, me visitó. Me dijo que debía dejar de llorar por Zeus, que

no vendría, que debía olvidarle, él tenía obligaciones y se había unido a muchas mujeres, y en matrimonio con Hera. —Soltamos Briseida y yo unas lagrimillas y permanecemos atentas a lo que mi madre decía—. Supongo que también Afrodita colaboró en este desamor, es una diosa muy celosa que puede hacer muchísimo daño, es la hija preferida de Zeus, y estaba celosa de mí, por lo que pudo persuadir a su padre para que dejara de verme. Supongo que fue así.

—Estoy segura de que así fue —añadió meditando Circe, quien conocía bien las artimañas de Afrodita y sus malas acciones.

—Amabas a Zeus, madre —dije con voz rota—. ¡Qué desencanto...! Soñaba con que Afrodita era la más bella de todas, y la más buena de todas, que no era capaz de hacer nada malo.

Mi madre confió en nosotras mostrándonos su pena y nos advirtió de que si en algún momento teníamos contacto con un dios, que le alabáramos, le respetáramos, le temiéramos, fuéramos sus siervas, pero que en nuestro interior no confiáramos en ellos, no les creyéramos, pues los dioses son caprichosos, juegan a su antojo con los mortales, y el daño que le hizo el gran padre Zeus a mi madre era ya irreparable. También nos recordó que el dios Ares puede ponerse de parte de cualquier polis y que tampoco nos ayudó mucho en nuestra guerra con Atenas. Ganamos, sí, pero perdimos a muchas familias de forma cruel. Recuerdo la guerra cuando yo era pequeña: desde palacio vi cómo la gente aterrorizada venía desde la costa corriendo huyendo de los atenienses. Nunca podré olvidar esa imagen. Qué pequeño le vuelve el miedo al ser humano, qué frágil... A partir de esa conversación con mi madre y mi tía Circe, empecé a ir menos al culto de la Diosa de las Serpientes, lo hacía como deber, ya no como devoción. Estaba muy triste por haber descubierto la

realidad de los dioses. Decidí que por el dolor que le habían causado a mi madre, ya no querría nunca toparme con ninguno de ellos. No les tendría miedo, los aborrecería, aunque esto era algo que debía ocultar, ofender a un dios sería lo peor que a un mortal pudiera ocurrirle. Mi inocencia se fue quedando atrás con cada paso que comencé a dar desde ese momento.

Las horas que mi amiga Briseida pasaba con su amor Hémaco, las utilizaba para escaparme muy lejos de palacio, a la costa, a saludar a los pescadores, a nadar al mar, a coger conchas y caracolas a las rocas. Me imaginaba que de pronto brotarían sirenas y me llevarían a un lugar lejano, mágico, y viviría mil aventuras. Sobre todo, a la vuelta, me encantaba pasearme por los viñedos vestida de campesina, dar agua a los trabajadores, y coger algunas uvas para llevarme a la boca. Dicen que yo desprendía una belleza y una gracia que encandilaba a todos los trabajadores y me demostraban que me tenían mucho cariño, dicen que me hacía querer. Todos los hombres que llevaban muchos años trabajando sabían que aparecer por allí como campesina era uno de mis juegos; me vestía de trabajadora y despistaba a algunos guardias de palacio. Aunque a decir verdad, muchas campesinas no había, eran sobre todo hombres. Una de las tardes que me acerqué a los viñedos y las uvas estaban maduras, le dije a los trabajadores que cuando los guardias se fueran de las tierras, se marcharan a casa, pues me hacía ilusión recoger las cestas llenas de uvas y llevarlas a los almacenes. Esto en realidad era una excusa para quedarme sola por si aparecía el chico al que días atrás había visto por allí y que me parecía tan guapo. Los dioses aquella tarde me sonreían, y recordad que ya había dejado de confiar en ellos y de admirarles. El joven

apareció entre los trabajadores, que ya se estaban preparando para irse a sus casas. El muchacho se acercó, a paso lento pero firme, con su bello pero cansado y sucio rostro. Era un chico bien alto, y me habló por primera vez con una dulce aunque grave voz.

—Hola —me saludó—. ¿Te importa que te ayude a recoger los canastos?

—De acuerdo... gracias —acepté sonrojada, sin vacilar.

—No tienes por qué dárme las, qué cumplida eres —exclamó con una sonrisa de lado que despertó en mí aún más el interés que por él tenía.

El joven me encantó desde el primer momento en que le vi. Me agaché para coger uno de los canastos, y él me imitó, con la diferencia de que levantó un canasto sin hacer esfuerzo alguno, y eso que debería estar cansado de trabajar todo el día. «Qué fuerte está», pensé. Los canastos eran grandes y pesaban bastante, no porque yo fuera una chica, a todos les pesaban los canastos, a todos menos a él. Tendría la misma edad que yo. Nos dispusimos a recoger las uvas sin hablar, algo avergonzados, pero decidí romper el hielo echándole una divertida sonrisa e invitándole a hablar con un «¿Llevas aquí todo el día?». Enseguida empezamos a conversar de muchas cosas, del trabajo, de las costas e interiores de Creta... Congeniamos muy bien. El chico me daba muy buena impresión, me hacía sentir muy a gusto, no podía quitarle los ojos de encima. Sinceramente, no podía apartar mi mirada de sus almendrados y penetrantes ojos del color del azabache. Tampoco podía apartar mis ojos de su amplia y atractiva sonrisa, parecía un ser sobrenatural sacado de un cuento de hadas, nunca había visto a un chico tan guapo ni en los viñedos ni en palacio ni en ningún sitio de Creta. Su belleza

contrastaba con sus feos y rotos ropajes. Había momentos en los que tenía que desviar la mirada hacia el suelo o hacia las uvas porque me intimidaba su voz y la expresión de seguridad en el rostro mientras hablaba. Esto no me había pasado nunca. Él me contó que provenía de una familia humilde del norte de Grecia que había llegado a Creta hacía poco, y que su padre estaba enfermo, por lo que él trabajaba para cuidar a su familia. Me di cuenta de que el joven no se percató de que yo era la princesa. «Mejor, mucho mejor», pensé, por lo que me pareció divertido seguir con el juego, tener una vida paralela a la de palacio, más amena, más emocionante... Le conté que era hija de uno de los campesinos, y que me permitían estar allí porque desde mis primeros añitos de vida mi padre me había llevado a los viñedos, y todos se encariñaron conmigo. Le conté que no trabajaba, que solo me paseaba a veces por allí, e intentaba ayudar; los guardias de palacio no me decían nada porque estaban acostumbrados a mi presencia y me lo permitían. Mentí solo un poco, solo un poquito. El joven me escuchaba con atención sin dejar de recoger las uvas. Me sentí muy contenta, noté que había hecho un nuevo amigo, aunque me decepcionó un poco cuando vi que el chico, hablando sobre la calidad de las uvas, admiraba a los dioses:

—¡Qué maravilla las uvas maduras! ¡Qué manjar! ¿Verdad? Es un gran regalo de los dioses, hay que estarles agradecidos, sobre todo a Dionisos, ¡yo te alabo Dionisos, dios del vino! —reía el muchacho.

Cambié el rostro sonriente y embelesado por uno desconcertado y asqueado. Me sentí como si un jarro de agua fría se hubiera estampado contra mi cabeza y me hubiera despertado de un sueño. Él se dio cuenta. Reconozco que a veces no pensaba ni

lo que decía ni las consecuencias de las expresiones espontáneas de mi cara.

—Sí, bueno... —Intenté disimular en vano mi desagrado ante el dios—. Dionisos no es solo el dios del vino, sabrás algo de sus bacanales, de sus ménades, de sus sátiros, ¿no?— Quedó pensativo.

—Realmente no sé mucho sobre Dionisos, pero supongo que todo lo que hará será bueno para nosotros, ¿no? Los dioses nos protegen. —El chico confiado arrugó su frente y puso una expresión de duda, rascándose la cabeza—. ¿Qué sucede con las bacanales?

—Bu... bueno, en las bacanales —me puse algo colorada—, su cortejo formado por ménades, sátiros y demás criaturas se aloca con el elixir del vino, se embriagan y se vuelven salvajes, hacen cultos uniéndose entre ellos y pervirtiendo a los demás mortales a que entren en la locura y en el éxtasis —expliqué con espanto y repugnancia. Esos rituales me resultaban muy peligrosos e inmorales.

—Parece que estés enfadada con el dios y que lo que haga te moleste —dijo el muchacho con media sonrisa y ojos curiosos.

—No, no... solo te cuento lo poco que sé del dios —sonreí sin saber bien cómo expresarme.

A continuación, le solté una mirada pícaro de reojo y exclamé dramatizando:

—¡Oh, tú, Dionisos, yo te alabo! ¡Bendice las viñas! —exageré la llamada al dios, finalizando con una gran risotada, y él, tras una expresión divertida de asombro, comenzó a reír.

De pronto, el canasto me pesó demasiado y se me resbaló de una mano, cayéndose la mitad de la cantidad de uvas que por-

taba en él. Nos agachamos los dos a la vez para agarrar el asa del canasto que se me había resbalado. Nuestras manos se rozaron al agarrar el asa al mismo tiempo. ¡Qué suave era su tacto! Se acercó tanto a mí como para cortarme la respiración. Mi rostro quedó del suyo a escasa distancia, nunca había estado tan cerca de un muchacho, en este caso, de un chico al que en realidad no conocía.

—No te burles de los dioses, preciosa —me susurró al oído con un tono algo perverso y burlón.

Pude notar su aliento en mi cuello, me dio un vuelco el corazón. Temblé por un segundo. Atónita, le seguí con la mirada en silencio. Él, al ver que mi rostro había pasado de ser divertido a ser tenso y asustado, me acarició la mejilla con su mano, que me pareció más grande cuanto más cerca estaba, y me sonrió dulcemente. Le devolví la sonrisa en un intento de fingir que esa última frase no me había incomodado o hecho temblar. No sé por qué, no era nada del otro mundo, pero fue la forma en que lo dijo, había algo misterioso en su voz que iba más allá de sus palabras. Después de aquello, no volvimos a hablar, nos limitamos a recoger algunas uvas más, se había hecho casi de noche. Se me escapaban algunas miraditas de reojo, me entraban ganas de romper de nuevo el hielo y seguir hablando con él, pero estaba muy puesto en su tarea de recoger uvas, por lo que ahora fui yo la que le imité: recogía las uvas sin que ningún sonido se escapara de mis labios. Le seguí, y tras dejar los canastos en los almacenes y lanzarme una sonrisa, me dijo «adiós» y se esfumó, sin esperar a que yo le contestara. ¡Qué raro! ¡Muy amable algunas veces y otras tan seco!

No pude dormir en toda la noche pensando en el joven de las viñas. Era muy agradable, muy guapo, más que guapo... era atractivo, tenía algo que me llamaba la atención. Estaba inquieta

dando vueltas en la cama, con la sensación de haberle visto antes, era todo muy extraño. A mí me encantaba fijarme en los detalles de todas las personas con las que hablaba, detalles de la forma de hablar pero también del físico. A este chico no pude verle bien el cabello, lo tenía cubierto por un pañuelo, al igual que yo cuando me disfrazaba de campesina. Supongo que le era más cómodo así para trabajar, pero sí que me fijé bien en su rostro, esos intensos ojos, esa nariz fina y esos labios ni gruesos ni delgados pero bien perfilados. En su frente colgaban varios rizos negros que sobresalían de su pañuelo. Esa noche solo dormí unas horas.

—Hoy al parecer tenemos bastante trabajo. —Me sorprendió en los viñedos el soñado joven dos tardes después, mientras yo tonteaba con unas uvas algo pasadas.

Le miré avergonzada, sí que había trabajo en los viñedos, sí, pero yo qué iba a saber que él aparecería y me vería holgazaneando.

—¡Uy! —exclamé sorprendida—. Sí. —Le sonreí de la mejor forma posible.

Hice el intento de recomponerme yo sola pero él me tendió la mano para ayudarme a subir. Me levantó en menos de un segundo. Yo no pesaba mucho pero es que él era tan enérgico...

Caminamos un largo rato y recogimos uvas sin hablar. Me nos mal que comenzó la conversación porque si no yo hubiera explotado en cualquier momento. Inexplicablemente no podía tranquilizar a mi corazón ni controlar mi respiración estando él a mi lado.

—He estado pensando desde que te conocí —decía lentamente mientras mi corazón bombeaba la sangre sin control—, que no es justo que jóvenes tan bonitas como tú no estén rodeadas del lujo del que están rodeadas las princesas —sentenció, dejándome sin aire en los pulmones.

—¿Bonita? —resoplé, sacudiendo la cabeza cuando volví a respirar—. El recoger uvas te vuelve un poco ciego y loco.

—No es precisamente eso lo que me vuelve... —El joven se paró sin terminar su frase y se quedó mirándome.

Creo que se le escaparon las palabras de su boca y él mismo estaba asombrado por lo que había dicho. Pude notarlo aunque no lo vi, pues yo me quedé paralizada pero mirando hacia la tierra, sin saber qué decir. «¿Qué hago? ¿Qué le contesto?», me pregunté a mí misma rápidamente. No quería meter la pata, ¡él sí que me volvía loca! Pero entonces si se refería a que era yo la que le volvía loco, estaba sintiendo lo mismo que yo, ¿no? Me puse enfermamente nerviosa, no podía dejar que los nervios me traicionaran y meter la pata al hablar, así que opté por hacer como si no hubiera escuchado esa última frase.

—Bueno, en realidad yo ya no sé qué es lo justo y lo que no, pero la gente humilde podemos ser felices sin lujo, ¿no crees? —le pregunté metiéndome en el papel de campesina.

—Sí... a los pobres también le suceden a veces cosas buenas. —Se detuvo de nuevo, y de nuevo se me quedó mirando con media y curiosa sonrisa, haciéndome entender que el conocernos había sido una de las cosas buenas que le habían sucedido.

Noté que el rubor me calentaba mis mejillas. ¿Qué podía decirle? Me dejaba sin palabras.

—Sí, claro que sí —le sonreí, perdiéndome cada vez más en sus ojos.

—Y es que pienso que tienes unas manos preciosas. —Me las tomó abiertamente con un gesto de confianza digno de amigos, ya iban demasiados piropos a la vez—. ¿No sueñas con que un hombre poderoso te la llene de anillos y joyas? —Esto me ofendió un poco, pensé que ya le había demostrado bastante que yo era humilde. Torcí un poco el gesto.

—No —negué tajantemente—. Sueño con encontrar al hombre de mi vida, que me ame sin medida —vino de perlas, rimaba y todo—, y que cuando eso ocurra y tengamos claro que estamos hechos el uno para el otro, me regale un anillo de compromiso, aunque sea de tela.

—¿Y cuando te pida que te cases con él también lo querrás de tela? —Sonrió, haciéndome sonreír inevitablemente a mí también.

—¡Sí! El segundo anillo de tela que ponga en uno de mis dedos será el que simbolice que quiere casarse conmigo —reí estruendosamente.

Ese día nos divertimos muchísimo. Al despedirse, me colocó una mano en el hombro y me llamó «amiga». Al menos, ya éramos amigos, y esto me llenaba el corazón de una especie de alegría que no había sentido nunca. ¿Sería amor? ¿Me estaría enamorando de un joven campesino? Cada día me costaba más decirle “adiós”.

Al día siguiente, me levanté con una gran sonrisa en los labios, me sentía feliz y emocionada, y la razón más posible era mi amistad con el joven de las viñas. Fui en busca de mi amiga Bri-seida para contarle todo. Fuimos juntas al bosque y nos baña-

mos en el lago. Aunque le dije a ella que solo éramos amigos, o al menos yo quería creer que él ya me tomaba por su amiga, Briseida sabía muy bien que la felicidad y alegría que desprendía mi expresión, estaban provocadas por el pensamiento del muchacho, y que no era como el resto de mis amigos. «Si fuera solo un amigo no tendrías esa sonrisa tan tonta e inocente en la cara, Ariadna», me repetía divertida mi amiga, mientras me daba chapuzones en la fría y transparente agua del lago. Briseida me dijo que, si algún día se diera el caso de que me enamorara de él, aunque fuera un amor imposible por la condición social del muchacho, que siguiera viéndole, que nunca se sabía lo que podría pasar. Briseida quería verle, y le propuse que aquella tarde nos arregláramos y fuéramos a las viñas, y así, aparte de que Briseida vería quién era, yo le sorprendería a él contándole que era la princesa de Creta. A la tarde, ambas, Briseida como joven de la aristocracia y yo como princesa de Creta, nos presentamos en las viñas. Pero el muchacho no apareció, y nadie allí lo había visto en todo el día. En realidad pregunté a varios hombres que eran amigos míos y me dijeron que no sabían de quién hablaba yo. ¡Qué desconcierto! ¿Cómo no iban a saber quién era él si trabajaba con los demás? Decepcionada y a la vez algo enfadada, ya no con el muchacho, sino conmigo misma por haberme hecho ilusiones, me fui para palacio con mi amiga.

El chico no apareció por las zonas de cultivo en varios días. Me desilusioné bastante y dejé de ir por el lugar. Ya no estaba contenta, pasaban los días y me sentía cada vez más triste, mi nuevo amigo se desvaneció como humo en el aire, al igual que mi sonrisa. Miles de pensamientos rondaban mi cabeza, intentaba pensar en otras cosas, pero no desaparecía la impotencia de no saber qué le había pasado, por qué no volvía al trabajo. Todo el mundo en palacio me preguntaba que por qué estaba tan

desanimada, y yo no sabía qué responder. Una tarde en palacio, al bajar las escaleras que daban al Patio Central, mi hermana Fedra, al verme, me llamó a gritos. Yo, que iba con la cabeza en otra parte —ya sabemos en qué parte iba—, di un brinco asustada y pisé mal el penúltimo escalón cayendo a la arena, haciéndome una herida en la rodilla. Fedra me acompañó a los almacenes del Ala Oeste de palacio para que me limpiara y desinfectara la herida con vino. Tomé uno de los pañuelos que estaban colgados por allí y lo mojé en una de las tinajas de vino. Iba a limpiar mi herida con el paño cuando mi hermana me lo quitó y me aconsejó:

—Hermana mía, es mejor exprimir el pañuelo y que el vino riegue directamente la herida a que el pañuelo la roce. Una vez que el vino limpie la herida, ya con el pañuelo la secas. —Me mostró cómo se hacía.

—De acuerdo hermana, yo lo haré —le sonreí agradecida.

—El dios Dionisos estará muy contento al ver que el vino es tu cura —dijo Fedra guiñándome un ojo.

Otra con el dios del vino... ¡Qué pesados me resultaban todos con el dichoso dios!

—He oído por ahí que es así como cura a las víctimas que encuentra en su camino —continuó.

—¿De verdad que es tan generoso? —le pregunté a mi linda hermana irónicamente—. Es él quien crea víctimas —comenté algo dolorida por la herida y con una expresión algo desagradable.

Mi hermana me sonrió, y yo me dispuse a terminar de limpiar mi herida. Ella no dijo nada más, mi hermana Fedra siem-